

tante establecido sin este flojo apoyo. El consentimiento subsiguiente del Sumo Pontífice y del resto de la Iglesia, del cual no se duda, acerca de los decretos dogmáticos de este Concilio, les daba todo el peso que podia resultar de una convocacion ordinaria y de una autorizacion formal. Y por esto es reconocido como Concilio universal y contado por el segundo ecuménico.

Decididos ya todos los asuntos, los Obispos pidieron al Emperador que espidiese un edicto para apoyar sus ordenanzas; y á fin, de decir, de poner la conclusion y el sello á nuestras resoluciones, así como habeis honrado la Iglesia con vuestras cartas convocatorias." Se ha entendido siempre que no querian sino procurar la egecucion de los cánones formados por la potestad eclesiástica, y si el Emperador en calidad de protector de la Iglesia, y de acuerdo con ella podia mandar celebrar Concilios, no le pertenecia á él en rigor poner el sello á sus decisiones.

30. Manda Teodosio entregar sin dilacion todas las Iglesias á los Obispos, que confesando la Trinidad santa reconociesen una sola divinidad en tres Personas, y estuviesen unidos en comunion con Nectario de Constantinopla, nombrado aquí como último Presidente del Concilio, con Timoteo de Alejandría, Anfiloquio de Iconio, Prelado de gran santidad y autoridad y con los demás Obispos no menos ilustres por la pureza de su fe que por la dignidad de su Silla. Respecto á los que no profesaban la misma doctrina, dice el edicto en términos espresos, y arrojad-

los de sus Iglesias sin que puedan tornárseles en lo sucesivo, para que la fe de Nicéa permanezca inalterable." Encargóse el cumplimiento de estas órdenes al Procónsul de Asia, segun la forma ordinaria de los rescriptos imperiales que nunca dejaban de recomendarse á un ministro particular. Eligióse á este Gobernador, porque su provincia era la mas inficionada de los errores macedonianos, objeto principal de la censura del Concilio.

Publicáronse al propio tiempo otras muchas leyes á favor de la Religion. Declaróse á los Maniqueos incapaces de dar ó recibir entre sí cosa alguna por testamento ó de otra suerte; y se les prohibió tener juntas bajo de cualquier nombre. Pronuncióse tambien la pena de muerte contra los que tomasen el nombre de *sacophoros*, *enkratitas* ó *hydroparastos*. Estos viciosos sectarios mudando de este modo de nombre, intentaban libertarse del desprecio y horror que inspiraba la corrupcion de sus máximas y observancias. Llamábanse *sacophoros* ó porta-sacos, á causa de su exterior pobre, descuidado y tanto mas engañoso cuanto tenian mas vicios que ocultar: *enkratitas* ó continentales, porque en su libertinage monstruoso condenaban el matrimonio; y por último *hydroparastos* ó acuarios, porque censuraban todo uso del vino hasta en la Eucaristía, donde solo usaban de agua. Tan peligrosos y tan enemigos del bien público parecieron estos fanáticos, que el Príncipe encargó á Floro Prefecto de Oriente, que instituyese inquisidores para descubrirlos. Este es el primer mo-

numento de las leyes en que se encuentra el nombre de inquisidores contra los hereges.

Al paganismo se le habia dejado muy pacífico desde el reinado del Emperador Constanzo, en especial en todo el Oriente, de modo que las supersticiones mas impías se afirmaban y aun subian de punto en muchos lugares con gran dolor de los fieles y con escándalo de los débiles. Teodosio, á fines del año 381, entretanto que la prudencia le permitiese cerrar todos los templos de los ídolos, prohibió con pena de proscripcion los sacrificios de dia y de noche. A todos los Cristianos que se hiciesen paganos, por un edicto del mismo año, les quitó la facultad de testar y anuló sus testamentos antecedentes.

31. Propúsose como una obligacion el jóven y virtuoso Emperador Graciano, en la parte del Imperio sujeta á su dominacion, seguir las huellas de su augusto compañero. Subsistia en Roma en el lugar donde se reunia el senado un altar de la victoria, no precisamente para la decoracion ó como un monumento antiguo y curioso, sino que se ofrecian en él sacrificios idolátricos, y los senadores Cristianos sufrían el dolor de ver triunfar la impiedad con insolencia en el santuario de las leyes. Hábiale hecho demoler antiguamente el Emperador Constanzo: Juliano apóstata le restableció, y Valentiniano siguiendo el plan de indiferencia que se propuso respecto de la Religion, dejó las cosas en el estado en que las encontró; pero Graciano mas celoso que su padre hizo destruir este trofeo de la idolatría, y con-

fiscó las tierras y demás bienes pertenecientes hasta entonces á los templos de los falsos dioses ó á sus Pontífices. Asi mismo abolió los privilegios de las Vestales, despreciando á estas vírgenes seducidas por la supersticion ó por el amor de unas distinciones pueriles, que las costaban tan grandes esfuerzos. Enviaron los senadores idolátras una diputacion al jóven Emperador quejándose de la afrenta que pretendian haber recibido; mas los Senadores Cristianos que principiaban ya á componer número en una compañía donde la idolatría contaba con haber establecido un asilo eterno, enviaron tambien sus diputados. Contestó Graciano con un aire frio y absoluto, que á unas órdenes dadas con conocimiento de causa, nada tenia que variar.

32. Para mantener la integridad de la fe contra las tentativas de algunos novadores, fue tambien indispensable celebrar Concilios en Occidente. Son de las mas dignas de atencion las actas del de Aquileya, celebrado este mismo año de 381, por la exactitud con que nos instruyen sobre la manera con que procedieron contra Paladio y Secundino, Obispos Arrianos, que fueron depuestos allí. El primero en especial empleó el artificio imaginable para ocultar sus sentimientos á fuerza de equívocos; y despues que se le convenció, pretendió eludir la autoridad de sus jueces, diciendo que eran incompetentes; pero el hábil impostor las habia con un antagonista mas diestro aun. Siguióle en todos sus subterfugios Ambrosio, Arzobispo de Milan, y le redujo á pedir vaga y simple-

mente un Concilio mas equitativo y mas numeroso: apelacion miserable, la que tuvieron en lo que merecia, despreciando al que apeló. No se hallaron á la verdad en este Concilio mas que treinta y dos ó treinta y tres Obispos, pero jamás se vió un Concilio mas santo, quiero decir, donde hubiese mas Santos, reconocidos como tales por la Iglesia. De Italia eran la mayor parte; pero las demás provincias, escepto la España, demasiado revuelta por las turbulencias del priscilianismo, tenia allí cada una sus diputados, y todo el Occidente tuvo parte en él; y aun se dispusieron las cosas de tal modo que pudiesen concurrir los Obispos de Oriente, aunque no se creyese indispensable reunirse en un mismo lugar como lo dan á entender, con tal que estuviese asegurada la union de sentimientos. Ninguno concurrió tampoco en nombre del Papa, ni de toda la parte de Italia, que le estaba inmediatamente sujeta; á saber, de la prefectura del pretorio de Roma. La razon puede ser la misma que alegaron los Orientales para dispensarse de ello: esto es, la costumbre de no reunirse así de todas partes sino para los Concilios generales, ó el inconveniente de abandonar sus Iglesias sin una necesidad urgente y concerniente al bien general, supuesto que el Papa nada reprobó.

Ocupaba San Valeriano el primer lugar por su calidad de Obispo diocesano, como acababan de hacerlo San Gregorio Nacianceno y despues de él su sucesor Nectario en el Concilio de Constantinopla; mas San Ambrosio, Metropolitano del vicariato de Italia, cu-

ya capital era Milán, dirigió toda la cuestion; porque no hubo mas que una contra los dos Obispos hereges. Antes de separarse escribieron los Padres á los Emperadores segun la costumbre, para implorar su autoridad á favor de la Iglesia. Reuniremos á esta epístola del Concilio de Aquileya otra sobre el mismo objeto, aunque sea de otro Concilio que fue tenido poco despues en las mismas circunstancias y en el mismo pais. Se ve en estas epístolas dirigidas ambas al Emperador Teodosio, que los Padres no se contentaban con que entre todos sus compañeros los Obispos de Occidente, no quedasen sino los dos Arrianos que acababan de condenar; y que en el resto de las Iglesias hasta el Océano, como se esplicaban, estuviesen todos los fieles unidos en una misma comunión (1). El cuidado de todo el mundo cristiano inspiraba vivamente á su caridad apostólica, y sabian con dolor que las divisiones permanecian entre los Católicos del Oriente, aunque los sectarios se hallaban tambien allí reprimidos. Sensiblemente los afligia la eleccion de Flaviano en lugar de San Melecio, porque afirmaba un cisma ó una desunion que se hubiera podido destruir con facilidad. Tambien desaprobaban la eleccion de Nectario para la cátedra de Constantinopla; pero en este último artículo la distancia de lugares les habia impedido tomar exactamente conocimiento de los hechos, ó á lo menos de las personas; pues vemos que prefieren el derecho del cínic Máximo sobre el de San Gregorio Nacianceno.

(1) *Amb. Ep. 12.*

Se quejaban de que habiendo venido Máximo á Occidente para defenderse en un Concilio, habian declinado el juicio los Orientales, sin dignarse comparecer de modo alguno. „Cuando no hubiese Concilio señalado, añadian, se hubiera procedido segun el derecho y la antigua costumbre, recurriendo al juicio de la Iglesia Romana, y al propio tiempo de la Italia y de todo el Occidente, como lo hicieron Atanasio y Pedro, Obispos de Alejandría, y otros muchos Orientales. No nos atribuimos el análisis ó instruccion de la causa: pero debiamos tener parte en su decision.” Proponian despues un Concilio de las dos Iglesias de Oriente y Occidente que se reuniria en Roma.

Contestando el Emperador Teodosio á los Occidentales les puso de manifiesto quién era Máximo, y al mismo tiempo la grande diferencia que habia entre su ordenacion y la de Nectario. Hizoles ver que este negocio, como el de Flaviano debió tratarse en Oriente, donde todas las partes estaban presentes; y que en efecto habian sido tratados de tal modo que no restaba motivo alguno para conmovier todas las Iglesias Orientales, y citar á sus Obispos en Occidente. Respecto á estos Obispos, despues de haber recibido epístolas convocatorias del Concilio de Roma, se excusaron ellos mismos respectivamente por el riesgo que hallaban en las circunstancias presentes de alejarse tanto de sus ovejas. „Por mas que deseemos, dicen, corresponder á unos ruegos tan llenos de celo y benevolencia, no osamos dejar sin Pastores unas Iglesias que ahora principian á restablecerse. Los falsos

doctores fueron arrojados; pero continúan sus juntas clandestinas, y se conjuran con tanta malignidad como secreto contra la casa de Dios. Por otra parte este viage nos seria imposible de todo punto. El término señalado es muy corto para que podamos hacer nuestros preparativos, ó solo para que se pueda dar aviso á todos los Obispos de nuestra comunión, y dar su consentimiento á los comisionados. Quanto podemos hacer es enviarnos nuestros venerables hermanos los Obispos Ciríaco, Eusebio y Prisciano, que no os dejarán duda alguna sobre nuestro modo general de pensar respecto á la union y á la fe.”

33. No dejó de acudir á este Concilio de Roma Paulino, Patriarca de Antioquía; y su presencia verosímilmente contribuyó mucho á procurarle la proteccion y comunión del Occidente con exclusion de su concurrente Flaviano, como de los dos Obispos que habian ordenado á este segundo Patriarca, á saber Diodoro de Tarso, y Acacio de Beréa. Vinieron tambien del Oriente dos doctores distinguidos, Epifanio; Obispo de Salamina, en la Isla de Chipre, y el sabio Sacerdote Gerónimo, apasionados ambos á Paulino.

34. Epifanio habia nacido en Palestina; y profesó mucho tiempo la vida monástica, en la cual le instruyó San Hilarion. Pasó un tiempo considerable en Egipto para perfeccionarse en ella, en donde estuvo espuesto á los mayores riesgos á causa de los Gnósticos que se unieron estrechamente con él, para comunicarle sus misterios detestables. Sus secuaces usa-

ron de todos los artificios para seducirle; pero la gracia que le preservó, le hizo emplear estos descubrimientos en descrédito de la ominosa secta y en gloria del Señor.

Tal era el fin de la grande obra que compuso titulada *Panarion*, esto es, coleccion de contra-venenos, ó antidoto universal. Cuenta en ella hasta ochenta heregias, cuya historia refiere y refuta á cada una en particular. A lo último espone los dogmas de la Iglesia Católica y los principales artículos de su disciplina. Aquí es donde está el famoso testimonio dado por este santo Doctor á la pureza de los Ministros eclesiásticos en general, y á la misma Iglesia de Oriente, á lo menos en su mayor parte. Refutando á ciertos hereges que condenaban enteramente las segundas nupcias, dice, que este error proviene de que confundan á los legos con los Sacerdotes, no confiéndose el Sacerdocio por su admirable dignidad, á los que despues de su primera muger se desposasen segunda vez. Añade, que el que es casado, aunque sea una sola vez, y tiene hijos, aunque de una sola muger, no es admitido al órden ni de Obispo, ni de Sacerdote, ni de Diácono, ni de Subdiácono; y que no se reciben sino los que guardan la continencia virginal, ya sea que hayan permanecido siempre célibes, ó ya que sean viudos despues de un solo matrimonio, ó que vivan con sus mugeres como con sus hermanas: lo que se guarda religiosamente, sigue, en los lugares donde observan los cánones con exactitud; porque no se puede disimular que en muchos lugares los

Sacerdotes, los Diáconos y los Subdiáconos son padres. El santo Doctor contesta á esta especie de objecion, que no se hacia esto por la autoridad de alguna ley eclesiástica, sino por la debilidad y flaqueza de los hombres que se toleraba en ciertas circunstancias, á causa de la multitud del pueblo fiel, y del corto número de Ministros perfectos para gobernarle. Aquí se trasluce el modo con que principió á relajarse el celibato en la Iglesia Griega, y tambien que las órdenes sagradas eran las mismas para los Orientales que para los latinos, sin esceptuar el Subdiaconado.

Trata San Epifanio la virginidad con honor, no solo en los Sacerdotes, sino tambien en todos los estados; y le da la preferencia sobre el matrimonio, no obstante que le cree digno de estimacion y respeto. Hallábanse ya en uso y mucho mas acreditados en el tiempo en que escribia el santo Obispo de Salamina, que hoy el ayuno y las maceraciones, la abstinencia de carne ó de ciertos alimentos en tales dias, y otras muchas prácticas piadosas que osaron impugnar en los últimos siglos unos reformadores escandalosos.

Escribió además de su antidoto, á ruegos de algunas personas virtuosas de Pamfilia, el libro que intituló *Ancorato*, conforme á su gusto alegórico, y representando bajo el símbolo de una áncora la firmeza del espíritu de la fe: obra que se dirige á disipar las dudas que se estendian á la sazón contra la fe de la Trinidad, en especial contra la Persona adorable del Espíritu Santo.

35. Nació San Gerónimo en Dalmacia , de una familia rica , que le procuró una buena educacion. En su primera juventud vino á Roma , donde estudió con los mejores maestros , y habiéndole arrastrado á algunos descuidos la corrupcion de la capital , se corrigió en la edad madura , recibiendo el bautismo. Despues de esta primera variacion no se desmintió nunca aquella alma fuerte , y si no tomó aun el gusto perfecto de las cosas santas y puramente evangélicas , á lo menos no mostró otra inclinacion que á las cosas razonables , y subió siempre de virtud en virtud. Movióle á viajar el ansia de formar y enriquecer su espíritu con las producciones ingeniosas de todos los climas. Copió en las Galias por su mano el tratado de San Hilario sobre los sínodos , y nada le detenía cuando se trataba de estudiar bien un autor y adquirir conocimientos sólidos. Permaneció algun tiempo en Aquileya con el santo Obispo Valeriano : pasó despues al Oriente , y despues de haber recorrido muchas provincias, observando todos los monumentos piadosos , y escogiendo como una abeja afanosa , segun su comparacion , el jugo de todas las plantas que encontraba en su camino , se detuvo en la célebre Antioquia , asilo de todos los talentos del Oriente , en donde conoció á Apolinar , ingenio raro en el mismo centro de los ingenios , cuando aun no habia perdido el crédito siendo herege. Cansado en fin del mundo y de las distracciones , se retiró á un lugar tranquilo y retirado de la pequeña provincia de Calcis situada en los límites de la Siria y de la Arabia ; pero

las antiguas imágenes del placer le siguieron al retiro y sus impresiones tenaces le importunaron estrechamente. No bastaban para disiparlas la continua oracion y las mas fervorosas austeridades : permitiéndolo así la Providencia para bien de la Iglesia , y queriendo formar por este medio un Doctor que entre todos fue tal vez el mas erudito é incontestablemente el mas versado en la interpretacion literal de las divinas Escrituras.

Emprendió un trabajo poco conveniente en la apariencia á su edad para dar todo el egercicio necesario á una imaginacion demasiado libre y activa. Tenia ya algun conocimiento del hebreo que habia estudiado en su adolescencia ; pero quiso perfeccionarse en él para entender bien en la lengua original los autores que constituyen la base de la Religion ; y no se desdenó de hacerse discípulo , tomando por maestro á un Judío convertido. ¿Tratábase de penetrar el sentido de un solo testo? Nada le amedrentaba , ni las largas y frecuentes conferencias , ni las investigaciones y confrontaciones , ni el emplear en el estudio las noches y los dias. Tales son el valor y constancia concedidos solo á los hombres de la clase de Gerónimo , y que le hicieron en fin el oráculo de la Iglesia , pues se le consultaba de todas las provincias. Formaban muchas veces los primeros Prelados y el Sumo Pontífice sobre su opinion sus mas importantes decisiones ; pero esta fama turbó su felicidad y su reposo.

36. Querian tenerle de su parte todos los partidos

que dividian, cerca de su morada, la Iglesia Patriarcal de Antioquía. Como volvía del Occidente era sospechoso á los Melecianos, y en el fondo tenía mucha inclinacion á Paulino, á quien veía apoyado por la Iglesia Romana. No obstante, sin declararse abiertamente y sin entrometerse á decidir por sí mismo, consultó al Papa Dámaso, á quien con este motivo escribió varias cartas (1). „Queriendo asegurarme, le dice, de tener á Jesucristo por cabeza, quiero unirme á la comunión de vuestra Santidad, es decir, á la Cátedra de Pedro. Yo sé que la Iglesia ha sido edificada sobre este fundamento. El que come el Cordero fuera de esta casa, hace un sacrificio profano: el que no se retiró al arca, murió en el diluvio. No pudiendo recurrir siempre á vos, me reúno con los Egipcios fieles, que confiesan la misma fe que Roma, así como un frágil esquife se pone al abrigo de los grandes navíos. No conozco á Vital (era este un Apolinarista disfrazado y muy nombrado en Antioquía): desecho la comunión de Melecio: Paulino nada es para mí por sí solo. El que no congrega con vos, me parece que disipa; porque el que no es de Jesucristo, es del Anti-Cristo. Los tres partidos que dividen aquí la Iglesia, quieren atraerme cada uno al suyo. Yo esclamo sin embargo: si alguno está unido á la Cátedra de Pedro, ese es el que está conmigo. Dicen Melecio, Vital y Paulino que guardan esta unión. Podría creerlo si uno solo lo dijera; pero hay dos que engañan, y acaso los tres. Por esto pido á vuestra

(1) *Hieronym. Epist. 57. y 58.*

Santidad me enseñe con quien debo comunicar. Aunque no se tratase mas que de mí solo, no desprecieis una sola alma, por la cual Jesucristo vertió su sangre.”

Preguntó también el santo Doctor el modo de sentir de la Sede Apostólica sobre la controversia de las tres hipóstases. Tenía dificultad de emplear antes esta voz para significar las Personas de la Trinidad Santa, por el miedo de introducir alguna variedad de naturaleza entre ellas con una palabra á la cual atribuían muchos la idea de esencia ó sustancia; pero los que solo entendían en esto la de persona, le acusaban de no tener una fe sana acerca de este dogma fundamental. Esta cuestión de palabras se avivó en fin con tanto mas calor cuanto tenía menos objeto, y le inquietaron tanto, que le fue indispensable dejar su desierto de Siria.

37. Pasó á Jerusalem, y despues se fijó por algun tiempo en Belen. Paulino, Obispo de Antioquía, cuya comunión había adoptado sin duda en consecuencia de las instrucciones recibidas de Roma, le ordenó de Sacerdote á su pesar; y el ordenando no prestó el consentimiento necesario, sino con la condición de que no dejaría la vida retirada. Se ha dicho que por una humildad no comun, nunca había ofrecido el santo sacrificio; pero el sabio y erudito Pontífice Benedicto XIV. ha demostrado que esta conducta solo había tenido lugar mientras su residencia en Belen; es decir, en unas circunstancias que alejaban todas las pretensiones que hubieran querido fundarse en una práctica seguida por razones diversas. Es la verdade-